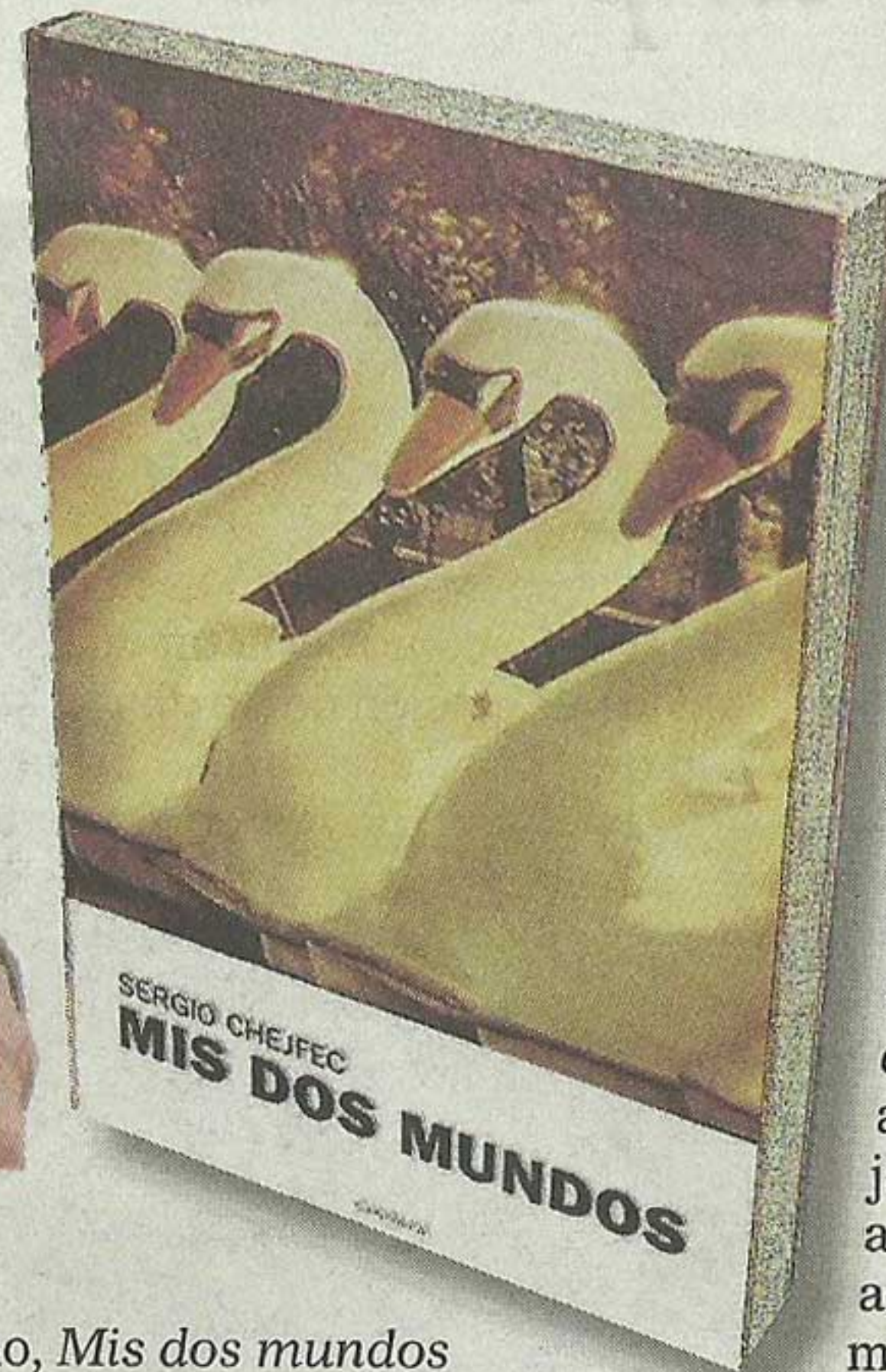
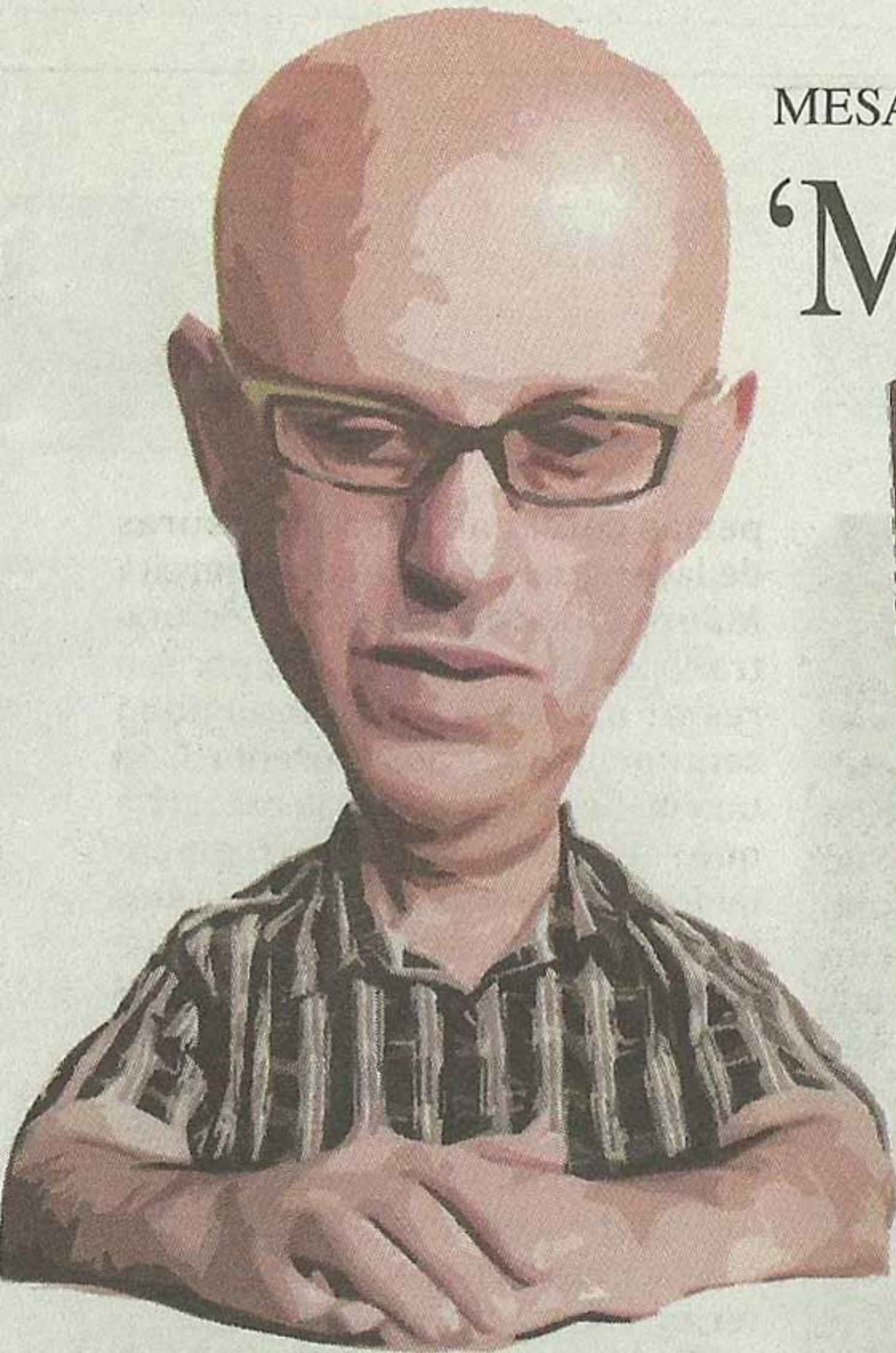


MESA DE SALDOS

'Mis dos mundos', de Sergio Chejfec



EXPERIENCIA. El libro de Chejfec es un ejercicio sobre la escritura, un ensayo de corte narrativo.

avanzar, no quiere que se termine el libro. La prosa de *Mis dos mundos* tiene a bien asistirlo: semejante a un dibujo animado, Chejfec acelera en un mismo lugar. Su puntillismo y sus digresio-

nes parecen mofarse de las exigencias y la impaciencia del lector contemporáneo. Sus novelas invitan a una experiencia pacífica, de una suave perplejidad. Puntuada por el virtuosismo de las transiciones, la singularidad de los tiempos verbales. Lo que se lee es un instructivo para reconstruir mentalmente lo registrado por un testigo afable. La men-

te como un parque temático: pensar con la percepción. Ese procedimiento no ocasiona un resultado frío; lo prueba *Lenta biografía*.

Sus pasajeros en tránsito juegan con las escalas y empuñados pasean su asombro igual que por maquetas de arquitectura. Algo de esto les presta a los relatos un aire de teatro de cámara, de teatro leído, recortado, preciso. Como si la lectura misma entrara en una especie de maquinaria a lo Raymond Roussel. El clima —la realidad— es oscilante, pero no la superficie de la página. No obstante, se nota que a Chejfec lo tienta la idea de la copia imperfecta (de lo visible) y redacta como quien se estuviera ejercitando en raras técnicas de perspectiva. Un estilo de documental retocado que le sienta bien al autor de *Baroni: un viaje*, un documento poético. Todos sus libros lo son.

Chejfec narra como si acabara de descubrir el mundo —hay una entrega total hacia la ingenuidad— y no saliera de la sorpresa de que en este mundo se haya inventado la escritura. De allí, quizá, que sus novelas

sean a la vez ensayos sobre la escritura, la experiencia "literaria". Este alumno ejemplar de la escuela de la mirada por momentos da la impresión de estar cortejando relatos del siglo XIX. Lo que demuestra la modernidad de aquellas primeras personas de Eichendorff y Stifter. Familiares lejanos, emigrados del pasado, los narradores de Chejfec suenan calma, "objetivamente" desvariados (o susurran: para serlo, todo narrador debe estar ligeramente desquiciado). Pero despliegan una agudeza psicológica notable y emprenden un deliberado distanciamiento del patetismo, que termina a menudo en escenas de comicidad en sordina.

Es la de Chejfec una literatura que no ha evolucionado —otra vez: avanza en el mismo lugar—, lo cual vuelve inútil hablar de influencias. Buena parte de lo mejor de su obra está en los primeros dos libros y en los últimos tres. De una continuidad y una consistencia poco comunes, es como si estos años Sergio Chejfec todo lo hubiera entregado a la imprenta con la misma advertencia: sujeto a variaciones. ■

MATIAS SERRA BRADFORD

Un hombre deambula por un parque en una ciudad del sur de Brasil. Eso es todo lo que sucede en *Mis dos mundos*. Es decir, no pasa nada pero continuamente. Las caminatas vienen de lejos en la obra de Sergio Chejfec. Desde *Moral* hasta *La experiencia dramática*, vagar es el hilo de oro de una literatura ascética. Esto, entre otras cosas, pone a sus libros en planos simultáneos.

De hecho, *Mis dos mundos* tiene su relato gemelo, reunido en el novísimo *Modo linterna* y titulado *Donaldson Park*. Así como existen ciudades hermanas en puntos distantes del planeta, Chejfec fue creando una familia de narraciones en la que sus integrantes dispersos son similares pero no iguales, y unos parecen versiones de otros.

Esa forma de andar la replica el lector: avanza pero no quiere